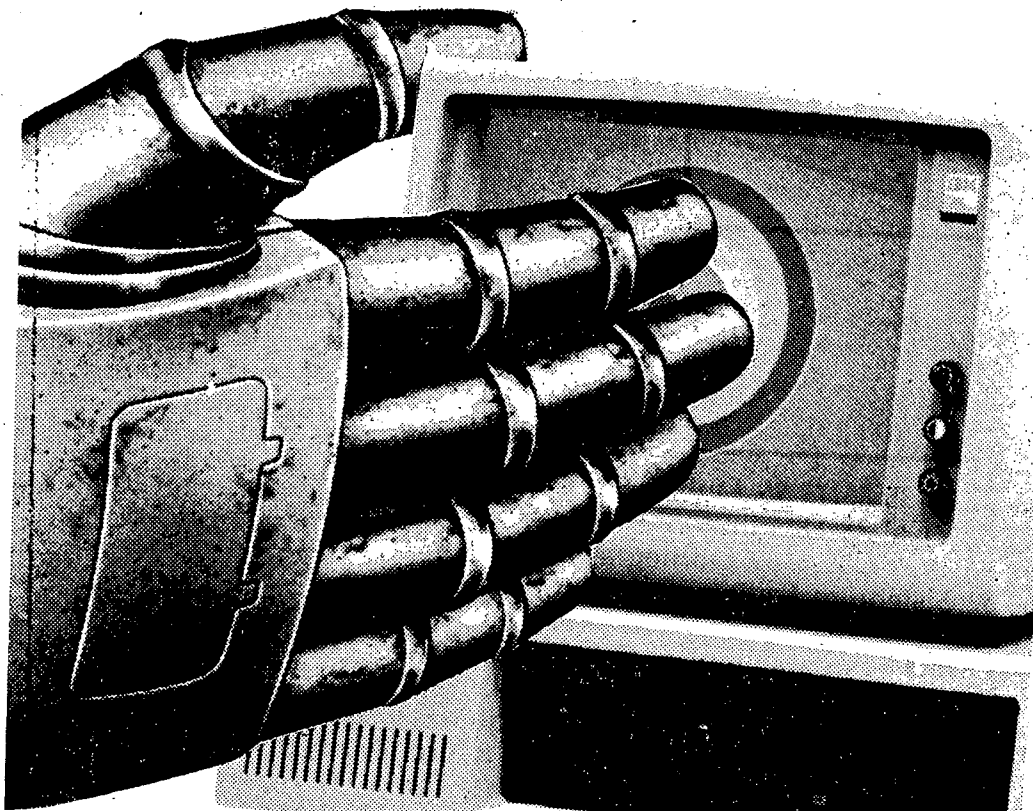


La rebelión de los gerentes

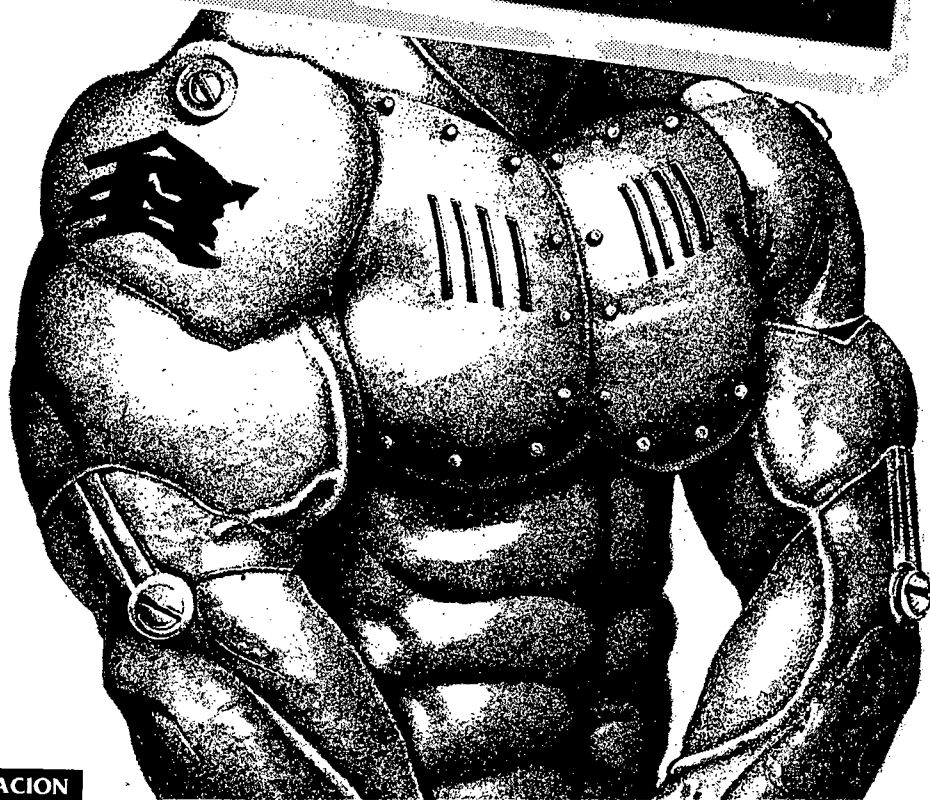
Antonio López Ortega



La reflexión humanística moderna supo hallar en los medios de comunicación social el espacio ideal para su redimensionamiento. Con el advenimiento de la imprenta, el conocimiento abandona su esfera monacal —tan propia del Medioevo— y penetra el cuerpo social para influenciarlo y condicionarlo a niveles inimaginables. Las ideas, las innovaciones, las propuestas políticas, la crítica al *status quo*, el pensamiento revolucionario, los manifiestos artísticos, han tenido en los periódicos, en los libros, en la propaganda, en los panfletos, sus canales regulares de difusión. Las causas nobles han podido catapultar sus efectos gracias a los medios, pero han sido también los medios los canales que aberraciones como el nazismo o el integrismo islámico han usado para desplegar sus temibles aparatos propagandísticos.

La historia de las ideas en Venezuela puede seguirse de manera

COMUNICACION



bastante fiel a través de la prensa escrita. Si la reconstrucción de los siglos de la Colonia se debe buscar más en los archivos jurídicos y eclesiásticos, el convulsionado siglo XIX puede rastrearse en los periódicos de la época. Entre la seguidilla de guerras y la inestabilidad política, las posiciones van aflorando y delineándose. Esa dinámica del pensamiento que se elabora y discurre en función de los hechos —fueren éstos obvios o subterráneos— es un síntoma sano de cualquier época. De una u otra manera, todo lo que nuestros pensadores del siglo XIX debatían o se disputaban, iba configurando el rostro posible de una nacionalidad. Por entre el humo de la metralla y la diatriba, nuestro pensamiento apostaba a una configuración colectiva a través de las tribunas públicas que el desarrollo paulatino del país le iba brindando.

Lejos de alterar esa tendencia, nuestro siglo XX la amplía y profundiza. Las páginas de los periódicos publicados en este siglo que ya casi termina dan cuenta de los diferentes postulados políticos, de las tesis de desarrollo social, del pensamiento económico, de las propuestas estéticas, de la ingeniería sanitaria. Ha sido un siglo de notables cambios. Pero ninguno de estos cambios, podemos afirmar, ha sobrevenido por generación espontánea. Ha sido más bien el producto de las reflexiones, del conocimiento macerado, de la voluntad colectiva, de la visión política. Incluso en los movimientos más retrógrados, como dictaduras y asonadas golpistas, queremos creer que un impulso ideológico alimentó en su momento las decisiones.

En nuestro periodismo impreso tradicional las páginas editoriales o de opinión se reservaban la difícil tarea de llevar el pulso de los acontecimientos sociales. Cualquier revisión exhaustiva de esas páginas demostrará que buena parte de nuestro humanismo pensante hacía de ese espacio su tribuna pública por excelencia. Era el espacio para publicar y ser leído; era el espacio para la apuesta y la disensión, para el acuerdo o el debate. Las diferentes visiones de una realidad siempre en formación desfilaban ante los ojos de los lectores e iban creando adeptos y opositores. En estricto sentido, las páginas editoriales cumplían una función netamente social: eran el termómetro

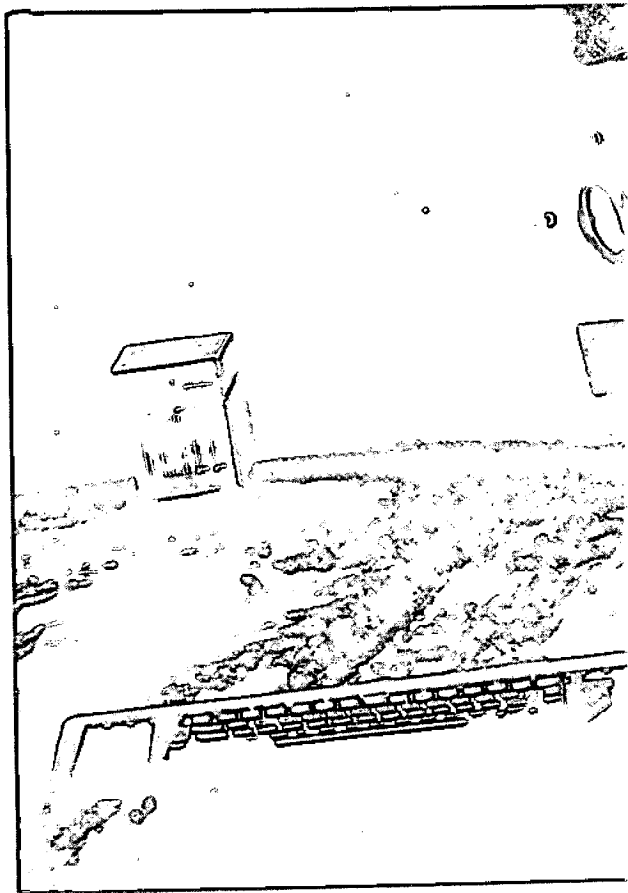
que medía el sentir de la opinión pública a través de las mentes febriles de sus representantes (en este caso, sus pensadores, sus líderes políticos, sus ideólogos, sus escritores). Todo empeño, por supuesto, enmarcado dentro de un afán humanístico perfectamente reconocible que nos venía de las mejores tradiciones.

LOS NUEVOS OPINADORES

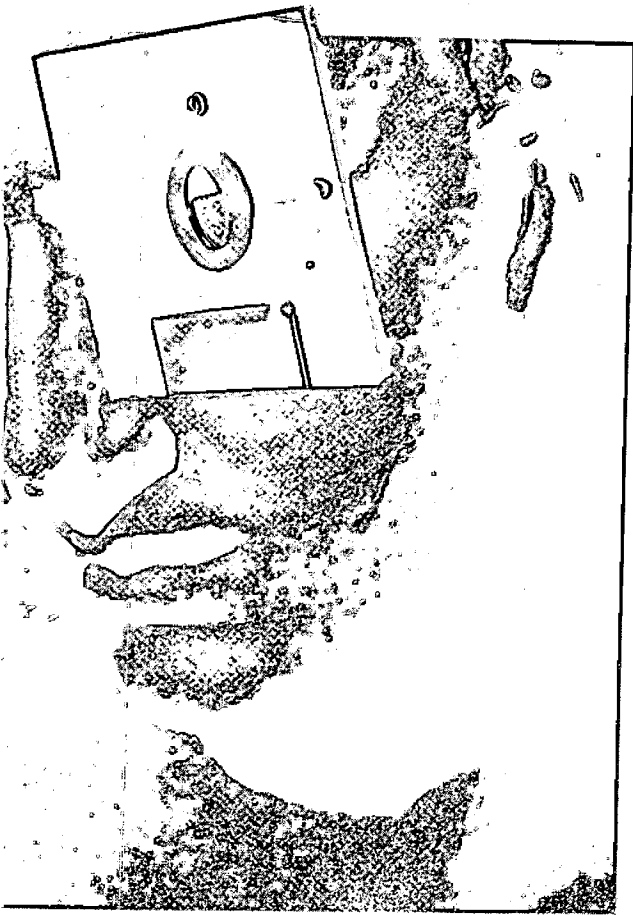
Cabe preguntarse, no obstante, a la luz de los acontecimientos que marcan este nuestro fin de siglo, si esta dinámica de los viejos tiempos sigue vigente, si el pensamiento humanístico de la actualidad está en las páginas de opinión y si, en definitiva, a los lectores venezolanos de hoy le importan las páginas de opinión. Seguramente con mayor perplejidad que aciertos, intentaremos ofrecer algunas respuestas.

Primera impresión: nuestro pensamiento no está en las páginas de opinión de los medios impresos. Y una de dos: o el pensamiento ha abandonado su tradicional tribuna pública o nuestras páginas editoriales ya no se interesan por el pensamiento. Si la primera acepción es cierta — creer que el pensamiento se ha ido a otros terrenos—, habrá que preguntarse entonces cuáles. Nuestra reflexión de fin de siglo, ya lo hemos dicho, desconfía de la tribuna pública. Nos hemos quedado en los circuitos académicos, en el comentario de pasillo, en el calor de la discusión entre íntimos. Una vertical sensación de escepticismo recorre el espíritu de los intelectuales y paraliza cualquier movimiento hacia las distintas audiencias. Pero es que ni siquiera sabemos a qué o ante qué audiencias hablamos. Hoy como nunca, el abismo entre pensadores y comunidad es un espacio infranqueable. Abatido, desmoralizado, el pensamiento humanístico ha hecho de su espacio una autarquía. Su gesto expresivo es el soliloquio y su fe está puesta en un hipotético lector que imagina en el futuro y a quien seguramente están dirigidas las notables elaboraciones de nuestra mejor poesía.

Segunda impresión: los espacios de opinión de los medios impresos han sido tomados por otros. Desde que nuestra percepción de los fenómenos históricos ha echado mano del sustantivo *crisis* para encerrar



todos los desvaríos colectivos de los últimos años, nuestro pensamiento humanístico se ha enclaustrado y le ha dejado el espacio a otras formas de reflexión. Podríamos incluso inferir que el año 1983 marca el cambio de dinámica. En la medida en que la realidad económica del país se imponía por encima de cualquier otra consideración, surgieron a la palestra todo tipo de *opinadores*. La tendencia se ha agudizado tanto que, hoy en día, abrir un periódico de circulación nacional nos confronta con un ramillete de opciones todas coincidentes: banqueros, economistas, analistas financieros, publicistas, funcionarios o ex gerentes petroleros, líderes de la "sociedad civil", politólogos y sociólogos... todos se han dado a la tarea de tratar de definir mejores caminos para nuestro devenir colectivo. Como por asalto, siempre desde otras disciplinas, los nuevos analistas se sirven de las mismas herramientas del pensamiento humanístico e irrumpen con mayor o menor acierto en la escena reflexiva. Es lo que hemos querido llamar, con ánimo de acuñar



el fenómeno en una sola frase, la rebelión de los gerentes. Por rebelión entendemos que ha habido un dislocamiento de la función reflexiva y que el pensamiento humanístico, ya sea por ausencia o debilitamiento, ha sido desplazado por estas nuevas formas.

Tercera impresión: la que tiene que ver con el mayor o menor interés de los lectores venezolanos de leer o familiarizarse con sus pensadores. Pero ahondar en esta impresión nos llevaría a consideraciones más difíciles de admitir. Si el cuerpo de nuestros oyentes ha disminuido es porque, efectivamente, nos oyen menos o nuestra capacidad emisora se ha debilitado. Abundan las estadísticas que hablan de la caída de la venta de libros y prensa escrita. Obviamente, un país tan fuertemente empobrecido opta por una estrecha dinámica de supervivencia material más allá de cualquier otra consideración.

EN LA SOMBRA DE LO SOCIAL

La rebelión de los gerentes está **COMUNICACION**

en marcha y el peso de sus opiniones cuenta. Al parecer, su lenguaje es más claro y, sus puntos de vista, más comprensibles. En momentos en que el designio colectivo está más cerca de la desfiguración, los gerentes asoman modelos de país, muestran reformas institucionales, organizan congresos y congresillos, se hacen columnas estables. Han ocupado el lugar que antes estaba en manos de los historiadores, de los ideólogos, de los escritores, de los estadistas. Marchan ufanos y confiados, lejos del escepticismo, apostando a tiempos mejores y a la reconstrucción social. Son los paladines de los nuevos tiempos y parecen haber logrado una sintonía mayor con sus semejantes. Mientras tanto, agazapado, el pensamiento humanístico empalidece no sabemos en qué rincón, confiando en una rehabilitación futura. Nunca como hoy en día la reflexión humanística, el vago empeño de escritores y artistas, había desconfiado tanto de las tribunas públicas. No llevan el pulso de los hechos sino de los desechos de la sociedad y en ese detritus construyen una obra espléndida pero que no goza de lectores. Como bien lo diría Jung, los artistas viven en la *sombra* de lo social y desde allí se elevarán algún día para mostrar el carácter profundamente profético de sus empeños.

Mientras esta situación se incubaba, los gerentes gozan de la luz pública y aprenden a manejar con inteligencia las herramientas del pensamiento humanístico. Muchos de ellos ya exhiben estilos sólidos y prosas convincentes. Uno de sus más emblemáticos representantes, Alberto Quirós Corradi, quien después de una exitosa carrera como gerente petrolero asumió con mucha garra el periodismo y quien, según datos confiables, mantiene una de las columnas semanales más leídas del país, asomó en una entrega de hace unas meses ("Venezuela a futuro", *El Nacional*, 10/11/96) una frase que no debería pasar inadvertida: "Ni siquiera hemos encontrado en la ficción literaria el país que hubiésemos querido ser". La acusación no deja de ser grave y revela cómo el campo de reflexión de los gerentes se ha ampliado hasta pontificar sobre prácticamente cualquier tema. La afirmación de Quirós, por decir lo menos, revela autosuficiencia. Lo que el analista nos hace

entender es que en sus innumerables lecturas de la literatura nacional (que suponemos) no ha encontrado una imagen de país. No la ha encontrado en Teresa de la Parra, no la ha encontrado en el relato "Arco secreto" de Gustavo Díaz Solís (que evoluciona, por cierto, en un ambiente conocido por Quirós a la perfección: un campo petrolero), no la ha encontrado en el poema "Derrota" de Rafael Cadenas (por nombrar uno de sus más conocidos), no la ha encontrado en el poema "Nostalgia de Bolívar" de Eugenio Montejó (que habla de nuestra vivencia hueca de los símbolos que nosotros mismos erigimos). Que una personalidad de la estatura pública de Quirós señale la incapacidad de nuestra ficción literaria habla del abismo existente entre nuestras élites pensantes y el mundo de los creadores. Es un abismo, me temo, que se ha ensanchado mucho en los últimos años y que ha colocado a la reflexión artística en un verdadero destierro en relación con las otras variables que condicionan nuestra realidad actual.

Pero si bien el reclamo que pudiéramos hacerle a las élites pensantes es oportuno, más difícil es procurar una respuesta en cuanto al opacamiento de la reflexión humanística, en cuanto a su virtual exilio de las páginas de opinión. Dice mucho de nuestra situación esa actitud de encierro, esa postura de descreimiento. Mientras nos consumimos en la duda y la angustia gana los espíritus, la rebelión de los gerentes sigue arrojando productos a lo que ya parece un mercado de las ideas y de las posiciones. Muerto Juan Nuño, quien fue quizás el último en entender a cabalidad el papel provocador del intelectual contemporáneo, nuestras páginas editoriales son benévolas al cobijar aún a algún sobreviviente de la vieja época a quien ya nadie lee. Sólo que el juego (el juego de la realidad, de las propuestas y de las realizaciones) parece jugarse en otra parte. Y en ese terreno, admitámoslo, los gerentes tienen la voz cantante. Se han adueñado de la reflexión en torno al país y, muy probablemente, el país (o lo poco que queda de él) los esté oyendo.

* Este artículo fue publicado originalmente en *Papel Literario, El Nacional*, 11 de mayo de 1997.